



LA ÚLTIMA VIGILIA

por Arcadio García Sánchez

También esa noche había padecido la pesadilla que lo perseguía desde hacía varios meses, si bien Carlos Galcerán había pensado a menudo que acaso era inapropiado o del todo inexacto denominar en esos términos a aquellas imágenes en apariencia inofensivas, carentes de las peculiaridades que cabía identificar en una pesadilla común, entendida como una sucesión de escenas que producen desasosiego al punto de despertar el que las padece en medio de sudores y temores irreprimibles.

No era ese, pues, el caso de Carlos Galcerán. Él tan sólo se limitaba a escuchar la palabra *respira* repetida varias veces al tiempo que apenas alcanzaba a entrever el rostro impreciso que la pronunciaba mientras, simultáneamente a la desaparición de esa cara, como una turbia figura que se alejara en el horizonte, asomaba la cifra quinientos cuarenta. Eso era todo. Las imágenes no poseían elementos que produjeran el miedo propio de una pesadilla ordinaria, antes al contrario parecían articular una suerte de sugerencia desapasionada: *respira, respira*, y la cifra quinientos cuarenta materializándose al tiempo que los rasgos irreconocibles de aquel rostro se desvanecían hasta desaparecer.

Encendió la luz y levantó apenas la cabeza de la almohada para constatar de un rápido vistazo que, efectivamente, el despertador no había sonado a la hora en que debiera haberlo hecho. Antes de sentarse sobre la cama dejó que transcurrieran unos segundos en los que trató de recordar cuánto tiempo hacía que no conseguía conciliar el sueño. Se preguntó si habría constancia escrita de algún estudio médico en el que se determinara cuánto podía aguantar el ser humano en semejante estado sin desfallecer, ya que en caso de haberlo estaba convencido de que a buen seguro él lo habría superado. A continuación se incorporó y se puso las gafas depositadas en la mesilla de noche mientras soltaba un largo resoplido.

Para Carlos Galcerán no era, pues, la pesadilla o el sueño o como quiera que se denominara aquello que experimentaba lo que por momentos se volvía insoportable, sino el motivo indescifrable que lo había provocado y la certidumbre de que tanta obstinación debía por fuerza perseguir un



objetivo. Por más que él, hasta el momento, había sido incapaz de averiguarlo, sospechaba no obstante que el origen de todo guardaba relación, de una u otra forma, con el altercado que meses atrás lo enfrentó con aquella dichosa anciana. Sin embargo, antes de que alcanzara finalmente a recordar aquel incidente, no pudo por menos de reconocer que habían transcurrido semanas en las que había considerado la posibilidad de que semejante circunstancia guardara relación con su afición al cine de terror y de misterio, en especial las películas de serie B realizadas por Roger Corman, o bien las de George A. Romero y John Carpenter, a los que consideraba la tríada imprescindible para entender el devenir del cine fantástico de la segunda mitad del siglo XX, y de cuyos filmes, demás está decir, era un fervoroso seguidor, al extremo que había fines de semana en que pasaba un día entero viendo algunas de sus películas, encadenando una detrás de otra sin solución de continuidad.

Sentado sobre la cama, Carlos Galcerán miró el reloj y comprobó que las manecillas habían quedado detenidas en las 5:40. Alargó el brazo para cogerlo y, después de contemplarlo de cerca para cerciorarse de que no se trataba de una equivocación, se lo llevó a la oreja y lo agitó repetidas veces antes de depositarlo sobre la mesilla con desgana y evidentes muestras de enojo. Que él recordara era la primera vez, desde que lo adquiriera hacía más tiempo del que podía recordar, que el despertador no había sonado a la hora en que debiera haberlo hecho. Hasta ese día ni una sola vez había dejado de hacerlo a la hora precisa.

Resultaba paradójico, sin embargo, que en los últimos meses, desde que todo diera comienzo, el reloj había sido del todo innecesario debido al insomnio que padecía como resultado de las continuas cavilaciones a las que aquella situación lo había abocado. Era bien cierto, no obstante, que él, pese a todo, no había dejado una sola noche de ponerlo en hora con la vana esperanza de que cuando la alarma sonara a las 5:35 de la mañana, la hora a la que se levantaba a diario para acudir a su trabajo en el mercado municipal de la ciudad, el sonido lo rescatara de un sueño profundo y reparador. Pero como tal circunstancias no tenía lugar debido a la dificultad para conciliar el sueño, permanecía por lo general despierto, aguardando con mal llevada resignación a que sonara la alarma del maldito aparato para, de inmediato, hacerlo enmudecer con un manotazo furioso en el que descargaba toda su frustración.

Se dirigió tambaleante al baño y orinó sin abrir del todo los ojos, bostezando sin parar. A continuación deambuló somnoliento por el comedor en penumbra, fue a la cocina y preparó la cafetera y calentó la leche en el microondas. Cogió un paquete de galletas y, cuando lo tuvo todo preparado, se sentó a desayunar a la mesa diminuta que había frente al



mueble del salón. Con gesto distraído alcanzó el mando a distancia y encendió el televisor y, acto seguido, se dispuso a trocear las galletas que, pedazo a pedazo, dejándolas caer en su interior como el que arroja comida a los peces, sumergió en el tazón y se ayudó de la cuchara para empujarlas hasta el fondo de la taza, reteniéndolas allí para que se ablandaran poco a poco hasta deshacerse por completo, proporcionando al café con leche el espesor de fango que a él tanto le gustaba.

Fue entonces, al levantar la cabeza y abrir la boca para engullir la primera cucharada, cuando advirtió que la imagen que aparecía en la pantalla del televisor había quedado paralizada en mitad de un anuncio de automóviles que, dicho sea de paso, había tenido ocasión de ver muchas otra veces. Echó un vistazo apresurado a los canales y pudo constatar que en todos ellos aparecían imágenes congeladas de los distintos programas que emitían a esa hora temprana.

Hubo un tiempo, cuando el insomnio no había hecho sino comenzar, en el que Carlos Galcerán dio por supuesto que se trataba de un problema pasajero susceptible de desaparecer o solventarse de la misma forma inesperada en la que había dado comienzo. En ese entonces todavía no recordaba el incidente con la anciana, y cuanto sucedía lo atribuía a su afición desmedida por el cine fantástico. No en vano se había dado el caso, afortunadamente en pocas ocasiones, en las que, tras largas horas viendo cine había experimentado no tanto pesadillas como una suerte de excitación que le había impedido dormir.

Durante los primeros días consideró que acaso debiera emplear el remanente de horas que la vigilia le dejaba para llevar a cabo todas aquellas aficiones que en circunstancias normales no podía realizar por falta de tiempo, tales como avanzar en sus conocimientos elementales de guitarra, o rescatar y perfeccionar su precario inglés, eternamente pospuesto, o bien catalogar y ordenar metódicamente la ingente videoteca que poseía desperdigada por las habitaciones del piso. Separar el cine clásico, por ejemplo, del realizado por los citados Corman y Romero, y éstos, a su vez, de los Amenábar y Guillermo del Toro, a quienes consideraba sus epígonos contemporáneos. Sin embargo, todos esos proyectos con los que pretendía entretener el tiempo en que se demorara el insomnio, dejaron de interesarle desde el momento en que recordó el incidente con la anciana. Hasta entonces, por disparatado que pudiera parecer, el supuesto inverosímil de que cuanto veía y escuchaba en sueños tuviera que ver con su devoción al cine de género, se le antojaba una circunstancia hasta cierto punto comprensible y sobre todo anecdótica y por tanto temporal, sin duda resultado de los enredos en que el subconsciente y el consumo excesivo de ficción incurren de continuo. La anciana gitana, en



cambio, en tanto personaje real, situaba los acontecimientos en ese territorio cenagoso en el que lo inexplicable se alimenta tendenciosamente de lo probable para depositar en uno el sedimento malintencionado de la duda, de lo posible y realizable.

Desde el instante en que acertó a recordar aquel suceso, evocó a menudo la expresión colérica en el rostro de la vieja, profiriendo maldiciones contra él y lanzando escupitajos al aire al tiempo que se llevaba la mano a la boca y besaba los dedos índice y pulgar en forma de cruz mientras era sacada del mercado por los guardias de seguridad. Carlos Galcerán, pese a considerarse un hombre poco crédulo que se vanagloriaba de creer sólo en aquello que veía y tocaba, no podía por menos de reconocer que recordaba lo sucedido con un miedo retroactivo y creciente que entonces no hubiera imaginado llegaría a experimentar, ya que en su momento juzgó que cuanto hizo lo llevó a cabo con fundadas razones, al punto de sentir alivio cuando no completa satisfacción al presenciar cómo los guardias la echaban del recinto que comprendía el mercado municipal en el que se ubicaba su modesto negocio de fruta y verdura. ¿Acaso debió seguir permitiendo que aquella mujer continuara importunando a su clientela por más que él le había insistido en repetidas ocasiones que dejara de hacerlo? ¿No era cierto y bien cierto que él había advertido gestos de disgusto en algunas clientas cuando, mientras aguardaban turno, la gitana se había aproximado a ellas tratando de persuadirlas de que le comprarán los claveles y cabezas de ajos y demás artículos que pretendía venderles por más que ellas le habían repetido, con exquisita educación, que no necesitaban ni querían nada de lo que la obstinada vieja ofrecía?

Carlos Galcerán sintió un estremecimiento súbito al advertir que el reloj digital del DVD y el del equipo de música, situado bajo el televisor, al otro extremo del comedor respectivamente, exhibían ambos, parpadeantes, la misma hora exacta que señalaban las manecillas del despertador de su dormitorio: las 5:40 de la madrugada. Antes de enzarzarse en conjeturas sin fin que lo condujeran a conclusiones descabelladas, devolvió sin probar bocado la cuchara al tazón, se levantó y echó un vistazo de cerca a ambos relojes para asegurarse una vez más de que no había posibilidad de error y confirmar semejante coincidencia. Acto seguido se llegó a su habitación y miró sobre la mesita de noche el reloj despertador y certificó que, en efecto, las manecillas luminiscentes continuaban paradas en esa hora precisa. Por último rodeó la cama y cogió de encima de la otra mesita su reloj de pulsera y constató que también indicaba esa hora inamovible.

Paseó por el comedor tratando de convencerse de que lo sucedido era fruto del azar. Aunque infrecuente, entraba dentro de lo posible que los programas de televisión sufrieran una avería eventual que resultara



simultánea a la que padecieran determinados relojes, y por supuesto era perfectamente lógico —a decir verdad lo extraño hubiera sido lo contrario— que, de detenerse (siempre y cuando pertenecieran a la misma franja horaria) la hora que lucirían dichos relojes sería la misma en todos ellos. ¿Por qué entonces aquella extraña desazón? Por espacio de unos segundos detuvo la mirada en el reloj del video y de inmediato obtuvo respuesta. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Había tenido la respuesta todo el tiempo delante de sus ojos y no había acertado a descifrarla. La enigmática cifra que entreveía en sueños no indicaba sino la misma hora en la que los relojes se habían detenido esa mañana: 5:40 de la mañana, es decir, quinientos cuarenta. Concluyó, en consecuencia, que por fuerza debía existir una relación entre aquella hora y las imágenes paralizadas que mostraban las cadenas de televisión. En semejantes circunstancias cuanto estaba sucediendo ya no se le antojaba tanto una avería como sí una señal o indicio que había de conducirle a esclarecer la pesadilla que tantos quebraderos de cabeza le había provocado en los últimos meses, en el transcurso de los cuales, dedujo a partir de las nuevas evidencias, era ya indudable que había estado soñando todo el tiempo con esa hora y ese día concreto. Ahora bien, ¿qué había de particular en él? ¿Por qué debía prestarle atención especial?, y, sobre todo, ¿cuál era el significado en todo ello de la repetición infatigable de la palabra *respira*?

Tuvo entonces un presentimiento a todas luces disparatado y no obstante se empeñó en confirmarlo. Se dirigió hacia el balcón y corrió la cortina, deslizó a un lado la puerta de aluminio y salió y echó un vistazo a la calle. Las primeras claridades del alba asomaban por encima de los tejados de los edificios fronteros, las farolas, encendidas, diseminaban la luz irregular sobre las fachadas salpicadas de sombras. Y un poco más abajo, en la acera, Carlos Galcerán acertó a entrever la confirmación de su presentimiento: un hombre había quedado parado a mitad de zancada cuando se encaminaba, supuso, a su trabajo. Próximo a él, algunos metros más adelante, Julia e Ignacio, amigos y propietarios de la panadería en la que habitualmente compraba el pan de su almuerzo diario, situada delante de su edificio, permanecían quietos a las puertas de su tienda, estáticos a la manera de dos maniqués en un aparador improvisado. Julia un poco encorvada y con los brazos extendidos en posición de alzar la persiana, que estaba a medio subir, Ignacio a su espalda, con gesto inequívoco de acudir en ayuda de su esposa en el instante en que les sorprendió a ambos esa parálisis desconcertante de la que él, Carlos Galcerán, no se veía aquejado, lo que de inmediato lo condujo a la elucubración de numerosas hipótesis, la mayoría de las cuales desestimó enseguida porque se le antojaron desatinos y absurdos, si bien una de ellas cobró fuerza por momentos tras realizar un proceso metódico de raciocinio, formulando preguntas y enlazando respuesta en una portentosa demostración de orfebrería mental,



de la que sería justo dar cuenta a continuación: en su opinión, no cabía duda, pues, de que durante medio año su subconsciente había estado reproduciendo de forma sistemática la hora en la que finalmente se habían detenido los relojes: las 5:40 de la mañana. Llegado el momento el efecto de parálisis había perjudicado también a los seres humanos, a excepción, claro está, de él. Era evidente que las personas afectadas no perecían ni caían al suelo desmoronadas ni sufrían daño físico alguno, cuando menos aparentemente. A excepción de la repentina interrupción de sus acciones, de la naturaleza que éstas fueran, aparentaban gozar de buen aspecto e incluso se diría que aguardaban algo o a alguien para retomar aquello que hubieran dejado a medio hacer, y puesto que él era el único, al parecer, que estaba en disposición de poder hacer algo, concluyó que era a él, efectivamente, a quien, con toda seguridad, debían esperar.

La cuestión a resolver era qué podía hacer él para restablecer la situación a la normalidad, y qué tenía que ver en todo aquello la palabra *respira*, pues ya no albergaba la menor duda, a la luz de las evidencias, de que, más que un mero engranaje en la sucesión de acontecimientos e indicios, aquella expresión cobraba mayor importancia cuando no se le antojaba definitivamente determinante para esclarecer lo sucedido.

Carlos Galcerán apretó con ambas manos la fría barandilla del balcón y reflexionó largo rato. Cerró los ojos e inspiró aire lentamente, a continuación, tras retenerlo apenas un instante, lo soltó con similar demora. Abrió los ojos de nuevo y resolvió que en semejantes circunstancias lo más acertado era confiar en los dictámenes que deparaba la intuición y el olfato más elemental y obrar en consecuencia. Se acercó entonces a la balaustrada del balcón y dejó que el peso de su cuerpo se apoyara en ella, elevó y situó los brazos en cruz y, tras unos instantes de duda, gritó la palabra *respira* repetidas veces, persuadido de que la maniobra acaso produjera algún resultado en el panorama descorazonador que se abría ante sus ojos, abajo en la calle, y Julia e Ignacio y aquel hombre cobrarán finalmente vida al mismo tiempo que los relojes iniciaban su monótono rotar. Al principio lo llevó a cabo con ese pudor que padecen quienes son sorprendidos en mitad de un acto insólito, como si temiera ser observado a hurtadillas por el resto del mundo, de tal modo que apenas alcanzó a articular un tímido susurro. A renglón seguido, como no advirtió cambio alguno, aumentó paulatinamente la intensidad del grito para acabar vociferando sin cesar hasta casi quedar exhausto, sin acertar a percibir, pese a su esfuerzo, el menor signo de que la situación se hubiera modificado siquiera en lo más mínimo. Se repitió para sí que debía perseverar y atender los designios de su instinto y acometer con decisión las circunstancias particulares a las que se había visto abocado.



Recordó una escena de la película *Abre los ojos*, aquélla en la que el personaje encarnado por Eduardo Noriega se arrojaba al vacío desde la azotea de un edificio altísimo con objeto de despertarse de un prolongado letargo. ¿No guardaba la suya manifiestas semejanzas con la situación mostrada en el film de Alejandro Amenábar? ¿Por qué no intentarlo? No era necesario, en todo caso, que se lanzara sin más tal y como había hecho Eduardo Noriega. Confiaba en que no fuese necesario llegar tan lejos. Para que esa situación disparatada concluyera quizá bastase, pensó, con gritar *respira* encaramado a la barandilla, y aguardar a que se produjera un cambio o se diera una señal que le indicara que cuanto hacía era lo apropiado o lo ponía en todo caso camino de hallar una solución o encontrar una respuesta que explicara qué estaba sucediendo.

Se quitó las gafas y las depositó sobre una mesa camping, diminuta y desvencijada, que tenía en el balcón para usos diversos. Con sumo cuidado, procurando mantener el equilibrio, ayudándose de las macetas depositadas en el suelo de terrazo, se encaramó a la barandilla. Poco a poco irguió el cuerpo hasta alcanzar la barra en la que se enrollaba el toldo que cruzaba de un extremo a otro el balcón. Una vez allí permaneció quieto largo rato, tratando acaso de asumir el riesgo que corría en cada una de las temerarias decisiones que llevaba a cabo antes de decidirse a realizar la siguiente. Sujeto al toldo, se ayudó de él para efectuar pequeños giros de manera que su cuerpo quedara situado por completo de cara a la calle. Tomó aire de nuevo y cuando se sintió todo lo seguro que se podía sentir en esa posición de precario equilibrio, soltó poco a poco el faldón de loneta en el que se había agarrado, puso los brazos en cruz y abrió la boca, y en el momento en que se disponía a gritar la palabra *respira*, trastabilló y osciló encima de la balastrada, sobre la que por un momento avanzó como un equilibrista en apuros, tratando de recobrar la estabilidad. Alargó el brazo y echó mano del toldo para intentar recobrar el equilibrio y volver a la posición inicial, pero el festón de flecos de loneta se rasgó y Carlos Galcerán se precipitó al vacío desde el cuarto piso en que vivía y se estrelló contra el asfalto de la calle en silencio.

Aún con vida, su cuerpo yació tendido boca arriba en medio de un charco de sangre que se fue expandiendo lentamente en torno a su cabeza. Carlos Galcerán abrió apenas los ojos y acertó a entrever el movimiento impreciso de sombras que parecían moverse a su alrededor en todas direcciones. Contempló por última vez los destellos diminutos de las estrellas en el cielo crepuscular. Percibió, de súbito, cómo su cuerpo parecía elevarse y flotar y deslizarse liviano por encima del asfalto hasta alcanzar velocidades extraordinarias, y supo entonces que estaba próximo a morir. Dos rostros desdibujados aparecieron frente a él y lo contemplaron desde las profundidades de una nebulosa diáfana que oscilaba y se agitaba sobre sí



misma con un vaivén moroso y regular. Carlos Galcerán, antes de fallecer, entornó los ojos para fijar la vista con el fin de identificar a aquellas personas y, pese a todo, esbozó una media sonrisa de satisfacción, de puro alivio, al escuchar cómo su amiga Julia, con la voz rota por un llanto furioso y desacomplejado, preguntaba a su marido Ignacio: ¿Respira? ¿Respira?

Autor: Arcadio García Sánchez; Mataró, Barcelona, España.

Relato inédito.

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de la obra "La última vigilia" en nuestra web con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.